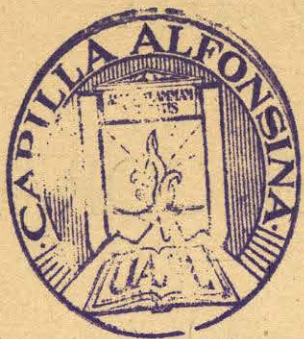


PQ 6565

.S4

D4

V.2



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

ES PROPIEDAD



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

EL ÁNGEL DE LA GUARDA

CAPÍTULO XI

EL NIÑO DORMIDO

Puesto que conocemos algo á la baronesa, á quien conocimos en la DEUDA DEL CORAZÓN, primero por aquella carta, escrita casi en castellano y casi en francés, dirigida á la señorita de Miramar, y después personalmente en el famoso baile de la embajada inglesa, nos será lícito presumir, si no estamos equivocados acerca de su carácter, que debía hallarse, permítaseme la frase, reventando de contento.

La razón es bastante obvia. Ni por su belleza ni por su talento había obtenido en los esplendores del gran mundo, en que había sido educada, ninguno de esos triunfos que tanto halagan la vanidad de las mujeres. Es verdad que esos triunfos no los alcanza siempre la belleza, ni el talento, ni la virtud; pero esta consideración no era suficiente para que la baronesa guardara en lo más oculto de su pecho quejas muy serias contra las ingratitudes de su suerte.

Pasados los primeros fulgores de la juventud, debió empezar á ver las cosas de una manera menos risueña. Hasta entonces habría soñado probablemente con un príncipe joven, hermoso é irresistible; mas este príncipe apetecido y soñado, que debía venir del mundo, lejano siem-

pre, de las ilusiones, no llegaba, y los años crueles pasaban sin detenerse. Le fué, pues, preciso renunciar al ingrato príncipe vanamente esperado.

Entonces pensaría en rebajar algo la medida de sus esperanzas. Ya se ve, no siempre hay príncipes á la mano, y bien podía substituirlo con un duque..., con un marqués..., con un banquero... Mas la pobre baronesa se desojaba sin ver asomar por ninguna parte ni la opulenta mano del banquero, ni la ilustre sombra del duque.

Quedábale todavía un mundo de hombres donde escoger. La política, las armas, las ciencias y hasta el comercio, ofrecían campo abierto á las excursiones de sus deseos. Un ministro probable ó cesante, un alto funcionario, un general más ó menos subalterno. Toda la *Guía de forasteros* la tenía á su disposición. ¿No?.. Entonces no habría de faltarle algún médico famoso, algún abogado célebre, algún ingeniero notable en cualquiera de los diversos ramos en que esa profesión se halla dividida; y, en último resultado, ¿no había de encontrar un mercader en grande, que acudiera á ofrecerle su amor, su mano y sus ganancias?..

Sin duda, pero ella continuaba sin encontrarlo. Había cumplido ya veinticinco años, y no tuvo más remedio que doblar la cabeza ante los designios de su suerte, y descender algunos grados más en la escala de sus aspiraciones matrimoniales.

Ya no le pedía á su destino ni un príncipe, ni un duque, ni un banquero, ni un general, ni un ministro, ni un abogado, ni un comerciante..., pedía solamente un hombre; menos quizá, un marido, joven ó viejo, alto ó bajo, tuerto ó derecho. Estaba segura de no haber hecho voto de castidad, y en tal caso, ¿por qué no había de casarse?..

En esto se presentó el barón. No le llevaba un título ilustre, ni un bolsillo demasiado ancho; no era joven, ni jamás se sospechó de él que hubiera podido inventar la pólvora.

ra. Á pesar de estos inconvenientes, ella vió el cielo abierto

Es verdad que era un barón obscuro, desconocido, ignorado; pero ella sabría dar celebridad á aquel título, que, después de todo, le caía por la chimenea. En cuanto á los bienes de fortuna, ya vería la manera de acomodarlos á las exigencias de su rango; y, en fin, por lo que hace al barón, si no era joven y hermoso, carecía, en cambio, de toda iniciativa. Su carácter apático, indolente y ocioso, se prestaba á hacer de él un hombre sumiso y complaciente. No había encontrado un marido de oro; pero, vamos, era un marido de cera.

Ahora bien: imaginémos lo que pasaría por las interioridades de su vanidad de mujer al verse distinguida por las predilecciones del brigadier, hombre corrido, joven y buen mozo. ¿Con qué le pagaría la satisfacción que le proporcionaba?.. Porque téngase en cuenta que á la sazón la baronesa había cumplido ya cuarenta años, y no se olvide que jamás se había visto en otra. Su corazón, lleno de gratitud, habría sido capaz de cualquier sacrificio por aquel hombre, que devolvía á su imaginación el placer de tantas ilusiones perdidas.

Segura de su triunfo, la baronesa había adquirido esa gallardía que da la victoria y esa audacia que da la fortuna. Un marido como el barón, una amiga íntima como Margarita y un amante en perspectiva como el brigadier, era, poco más ó menos, la realización de los más descabellados sueños de su juventud.

Desde la última vez que la vimos, ha experimentado alguna ligera transformación; á su natural vivacidad hay que añadir cierto rejuvenecimiento; tiene algunos días más y algunos años menos. Puede decirse que la primavera, algo tardía, de su corazón se reflejaba en toda su persona.

Se había empeñado en que Margarita le apareara el tratamiento.

— El *usted* — decía — es insoportable..., sólo en España se usa semejante manera de tratar á la gente... Confiesa, querida mía, que el *usted* es de pésimo gusto... Te aseguro que á mí me ataca á los nervios. El *vous* francés es más culto, más aristocrático, más *comme il faut*. Para los salones no tiene substitución; mas para la vida íntima, no hay nada como el *tú*. Deja ese *usted* intolerable, y háblame como yo te hablo, tú por tú.

Margarita se sonreía oyéndola, y le prometía abandonar aquel *usted* que le era tan enojoso; pero á lo mejor se le olvidaba, y el *usted* proscrito salía nuevamente de sus labios. Al fin consiguió desterrarlo. Esta familiaridad para con ella de parte de Margarita, tenía á sus ojos un encanto irresistible. Ya se ve, se creía que de ese modo se quitaba de encima lo menos diez años.

El día en que volvemos á encontrarla era uno de los muchos en que comía con Margarita, porque al barón, á pesar de su indolencia, le gustaba la buena mesa, y solía encontrarla fuera de su casa; y claro está, la baronesa no había de comer sola como un hongo.

Para estos casos, bastante frecuentes, tenía siempre el refugio de la casa de su íntima amiga.

Acababan de comer y volvían á la habitación en que solían tomar el café, en la cual Margarita recibía ordinariamente á todas sus visitas, porque todas sus visitas eran de confianza.

Serafín marchaba delante de la comitiva que acababa de dejar la mesa; detrás de Serafín iba la baronesa, apoyada en el brazo de Luis y hablando por los codos; Montero y Margarita los seguían.

La baronesa abandonó el brazo de Luis y fué á refugiarse en los brazos de una butaca, desde donde podía distinguir parte de su persona retratada en la luna de un espejo. Luis comenzó á pasarse con aire distraído, Montero

tomó en brazos á Serafín, poniéndolo á horcajadas sobre sus hombros, y Margarita comenzó á distribuir el café.

De pronto el niño se desprendió de los brazos del coronel, y acercándose á su madre le dijo:

— Yo, á mi padrino.

— ¡No me fío de tus manos! — exclamó Margarita retirando la taza que Serafín quería coger. — Me parece que vas á hacerle tomar café á la alfombra.

— No — contestó el niño, — la alfombra no quiere café.

Margarita vacilaba, pero Montero se acercó, y la taza pasó de las manos de Margarita á las manos del niño, y de las manos del niño á las manos de su padrino.

— Este niño — observó la baronesa — adora al coronel.

— Ya lo creo — añadió Margarita, — es su paño de lágrimas, su encubridor y su cómplice... Más aún, su víctima. Ello es que la diablura que no inventa el ahijado la inventa el padrino. ¿Crees tú que son un niño y un hombre? No lo creas; son dos niños.

— He vuelto á la primera edad — dijo Montero. — La baronesa se burla, sin duda, de esta debilidad de los años. ¿No es eso?..

— No — contestó la baronesa.

— No sería justo — siguió diciendo Montero, — porque todos tenemos cierta propensión á rejuvenecernos.

La baronesa creyó conveniente cambiar el rumbo que la conversación tomaba, y exclamó:

— ¡*Mon Dieu!* ¡Las nueve! ¡Cómo se pasa el tiempo!

Quiso variar la conversación, y volvió á ella á pesar suyo. Hay conversaciones tenaces que se desechan y vuelven, que se las corta, y en seguida se reanudan, conversaciones impertinentes como las moscas.

— Es según — advirtió el coronel. — En la primera mitad de la vida el tiempo va despacio; cada día es un año, cada año es un siglo; pero una vez doblada la fatal esquina,

entonces cada año es un día y cada día un soplo. ¡Ay, baronesa, qué triste es envejecer!

Si había en esta exclamación tan poco risueña alguna alusión personal, la baronesa la rechazó heroicamente, riéndose de la ocurrencia.

¿Qué más podía hacer? De esa manera demostraba al menos que aún no embargaban su ánimo las tristezas de los años.

— Convengo — añadió Montero — que no siempre la edad nos trae la madurez y el juicio y la pesadumbre, que blanquean la cabeza y encorvan el cuerpo. Hay, sí, señora, vejez alegre, como hay frutos que mueren verdes porque no llegan á madurar nunca.

— ¡Oh! — exclamó la baronesa. — He ahí un *bon mot*.

— Serafín se ha dormido — dijo Margarita.

En efecto, se había dormido en los brazos de su padrino, con ese sueño suave y profundo con que la inocencia adormece á los niños.

Montero contempló embelesado aquel semblante infantil que el sueño embellecía, aumentando la pureza de su frente y la dulzura de sus contornos. En la boca del niño, entreabierta y sonrosada, se advertía una sonrisa verdaderamente inefable. Habríase creído que sus ojos cerrados veían, al través de los párpados, algo que llenaba su alma de risueña delicia.

El sueño en los hombres se asemeja á la muerte, adquiere la fisonomía una expresión triste, y se proyecta sobre la frente una sombra extraña; el hombre dormido es un cadáver que respira; parece que el espíritu, preso en las ligaduras de la vida mortal y separado del mundo por las tinieblas del sueño, se angustia de verse solo.

Por el contrario, en el semblante de un niño dormido parece que brilla una luz misteriosa que lo ilumina dulcemente. Alrededor de su cabeza hay algo como una aureo-

la que lo circunda, y en su boca, que no ha aprendido el lenguaje de los hombres, se dibuja la sonrisa de los ángeles.

El hombre parece sepultado en la ceguedad del sueño; el niño parece que flota en el éter invisible de una vida que nosotros desconocemos.

En el sueño del hombre están las zozobras de su conciencia, las inquietudes de sus pensamientos, las agitaciones del mundo en que vive. En el sueño del niño está la paz de su inocencia, la alegría de su pureza, la visión misteriosa de un mundo desconocido. Si el sueño es el descanso de los hombres, me atrevo á decir que es el placer de los niños. Deben creer que durmiendo se substraen al dolor de haber nacido, ó tal vez el sueño es para ellos el umbral del mundo á que han venido, desde el cual pueden ver algunos resplandores del mundo que han dejado.

Sea como quiera, Serafín dormía sonriendo dulcemente. Montero lo suspendió en sus brazos, y sin atreverse á besar sus mejillas por no despertarlo, lo puso en el regazo de su madre.

Margarita se inclinó sobre el rostro de su hijo, y acercó los labios á la boca del niño, como si quisiera aspirar todo el perfume de aquella sonrisa, porque en su egoísmo de madre bien podía creer que aquella sonrisa era toda para ella.

Luis, un poco alejado de esta escena, hojeaba algunos periódicos, más con aire de distracción que con aire de curiosidad.

En esto le avisaron que tenía dispuesta su partida de tresillo, y pasó á una habitación inmediata, donde ya estaba preparada la mesa de juego. Margarita y la baronesa guardaron silencio por algún tiempo. Ésta parecía absorta en la contemplación de su imagen, que se dibujaba en el fondo del espejo, con el que consultaba diversas actitudes. Por lo visto, no encontraba ninguna posición digna de su

belleza. Margarita también parecía absorta en la contemplación de su hijo. Aquella faz de ángel, coronada de rizos rubios, era el espejo en que ella se miraba. Lo tenía en su regazo, y parecía presentarlo diciendo: «He aquí mi vida.»

Luis agotó la lectura de los periódicos, y sin reparar ni en Margarita ni en la baronesa, salió de la estancia sin decir palabra. Entonces la última, bajando la voz é inclinandose hacia Margarita, le preguntó:

— Niña, ¿qué tiene tu marido?

— Nada — le contestó; — sus negocios., ya lo sabes.

— ¡*Grand Dieu!* ¿Los negocios le han hecho perder el uso de la lengua? Durante la comida no he podido sacarle ni una palabra, porque en verdad no se pueden llamar palabras á sí..., no..., ya..., bien..., oh..., pues...; y he ahí todo lo que he oído de su boca. Después, aquí..., nada..., no se ha dignado dejar oír el metal de la voz. ¿No te choca esto?

— ¡Phs! — contestó Margarita. — No me choca. Luis es así; ¡toma las cosas con tanto empeño! Ahora debe tener algún asunto que lo preocupe especialmente.

— ¿Algún asunto?

— Sin duda.

— ¿De qué especie?

— La especie no es difícil averiguarla. Deberá ser algún pleito.

— De ese modo me parece que el pleito es para ti. Y aun así, querida mía, Luis hablaría de su pleito; pero es el caso que no habla de nada.

— No te admire eso — replicó Margarita. — Luis está haciendo de su profesión un uso muy noble, y en esos asuntos es muy reservado.

— Bien; ¿pero no hay en el mundo nada de que hablar más que de asuntos jurídicos?

Margarita inclinó la cabeza y besó la frente de su hijo, que seguía durmiendo en su regazo.



MARGARITA PARECÍA ABSORTA EN LA CONTEMPLACIÓN DE SU HIJO

La baronesa continuó diciendo:

— ¿Te parece á ti que un pleito es motivo suficiente para perder el uso de la lengua? Y bien: ¿qué gran pleito es ése?

La señora de Góngora se encogió de hombros.

— ¡Calla! — exclamó de pronto la baronesa. — Ahora recuerdo..., sí... Tu marido es el que está encargado de hacer no sé qué reclamaciones á Valle-alegre. Yo tengo entendido que la viuda de aquel Americano tan rico..., ¿cómo se llamaba? No recuerdo en este momento; pero el caso es que murió arruinado, dejando á la viuda en la miseria, y se dice que Valle-alegre hizo un gran negocio con la ruina del Americano. ¿Será este el pleito que tiene á tu marido en Babia?

— No sé — contestó Margarita.

— Pues debe ser, *si vous plait*. Porque se habla mucho de ello, y hay hasta apuestas; porque si Luis es un abogado muy hábil, Valle-alegre es un hombre muy influyente; y ya ves tú, es muy posible que á tu marido no le llegue la camisa al cuerpo. Hay expectación, y al fin está interesado su amor propio.

— Luis — contestó Margarita — no tiene ese amor propio. Defiende el derecho de los débiles contra la influencia de los poderosos; solamente le guía el amor á la justicia.

— ¿Tú conoces á la mujer del Americano? — le preguntó la baronesa.

— No — le contestó.

— Es una buena mujer, de pocos alcances, que al fin se resignaría á vivir pobremente; pero tiene una hija...

— Y es natural — añadió Margarita — que reclame para su hija...

— No, no — dijo la baronesa, interrumpiéndola. — Es la hija la que ha tomado el asunto por su cuenta.

— También es natural — observó Margarita — que la hija desee sacar á la madre de las angustias de la pobreza.

— Tienes razón, hermosa defensora del género humano. Yo, que no soy tan buena como tú, pensaba lo mismo que tú piensas; pero el mundo, menos benévolo que nosotras, discurre de otro modo.

— No veo que haya derecho á discurrir de otra manera.

— Sin duda alguna no lo hay; pero da la circunstancia que la hija del Americano, que era una niña cuando murió su padre, se ha hecho una arrogante moza; es una de las mujeres más bellas de Madrid, tipo meridional, irresistible. Imagínate tú dos cejas soberanas sobre dos ojos rasgados y negros, un perfil suntuoso, una boca como una cereza, y unas mejillas de diez y siete años. ¿Te parece poco? Pues añade una cintura que se dobla como un junco, y toda la gracia del Mediodía. Yo la he visto, y te aseguro que me sorprendí al verla. Y mira tú, lo que más alaban en ella los *amateurs* es el talento, el *sprit*.

— Y bien — advirtió Margarita: — todas esas perfecciones, ¿le quitan el derecho que pueda tener á los bienes de su padre?

— *N'est pas possible*. Mas como ella es la que ha tomado la iniciativa en ese asunto con un empeño decidido, impropio de sus pocos años..., y dicen que es demasiado hermosa para resignarse á ser pobre..., y añaden que es capaz de hacer el diablo á cuatro por llegar á ser rica... Murmuraciones; pero ella cuenta con la influencia de su belleza..., y al fin ha metido á tu marido en los trotes de ese pleito. Al menos, esto es lo que se dice.

Margarita guardó silencio, y la baronesa hubiera seguido hablando de la hija del Americano, si el sonido de una voz que llegó á sus oídos no hubiera detenido la palabra en sus labios.

Un momento después apareció en la puerta de la habitación en que se hallaban el brigadier en persona, y se dirigió á Margarita, tendiendo la mano para saludarla. La

señora de Góngora alargó la suya; pero antes de que pudiera estrecharla el brigadier, el niño, que dormía en el regazo de su madre, se incorporó de repente, cogió las manos de Margarita y las sujetó diciendo:

— No..., no quiero.

Y sin soltar la mano de su madre, volvió á dejar caer la cabeza y siguió durmiendo.

